

apaga la sed, porque no hace caso de lo que tiene, sino de lo que podría mas haber; y no ménos molestia tiene por lo que no alcanza, que contentamiento por lo que posee: ni se harta mas de oro, que su corazón de aire. De lo cual con mucha razón se maravilla Sant Augustin diciendo: ¿Qué cobdicia es esta tan insaciable de los hombres, pues aun los brutos animales tienen medida en sus deseos? Porque entónces cazan cuando padescen hambre; mas cuando están hartos, luego dejan de cazar. Sola la avaricia de los ricos no pone tasa en sus deseos, ca siempre roba y nunca se harta.

Considera tambien que donde hay muchas riquezas tambien hay muchos que las consuman, muchos que las gasten, muchos que las desperdicien y hurten. ¿Qué tiene el mas rico del mundo de sus riquezas, mas que lo necesario para la vida? Pues desto te podrías descuidar si pusieses tu esperanza en Dios, y te encomendas a su providencia; porque nunca desampara á los que esperan en él; porque quien hizo al hombre con necesidad de comer, no consentirá que perezca de hambre (a). ¿Cómo puede ser que manteniendo Dios á los pajaricos, y vistiendo los lirios, desampare al hombre; mayormente siendo tan poco lo que basta para remedio de la necesidad? La vida es breve, y la muerte se apresura á mas andar: ¿qué necesidad tienes de tanta provision para tan corto camino? ¿Para qué quieres tantas riquezas, pues cuantas ménos tuvieses, tanto mas libre y desembarazado caminarás? Y cuando llegares al fin de la jornada, no te irá ménos bien si llegares pobre, que á los ricos que llegarán mas cargados; sino que acabado el camino, te quedará ménos que sentir lo que dejas, y ménos de que dar cuenta á Dios: como quiera que los muy ricos al fin de la jornada, no sin grande angustia, dejarán los montones de oro que mucho amaron, y no sin mucho peligro darán cuenta de lo mucho que poseyeron.

Considera otrosí, ¡oh avariento! para quién amontonas tantas riquezas; pues es cierto que así como veniste á este mundo desnudo, así tambien has de salir dél (b). Pobre naciste en esta vida; pobre la dejarás. Esto debrias pensar muchas veces; porque, como dice Sant Hierónimo (c), fácilmente desprecia todas las cosas quien se acuerda que ha de morir. En el artículo de la muerte dejarás todos los bienes temporales, y llevarás contigo solamente las obras que hiciste, buenas ó malas: donde perderás todos los bienes celestiales, si teniéndolos en poco en cuanto viviste, todo tu trabajo empleaste en los temporales. Porque tus cosas serán entónces divididas en tres partes: el cuerpo se entregará á los gusanos, el ánima á los demonios, y los bienes temporales á los herederos, que por ventura serán desagradecidos, ó pródigos, ó malos. Pues luego mejor será, segun el consejo del Salvador (d), distribuirlos á pobres, que te los lleven delante (como hacen los grandes señores cuando caminan, que envían delante sus tesoros); porque ¿qué mayor desatino que dejar tus bienes adonde nunca tornarás, y no enviarlos adonde para siempre vivirás?

Considera tambien que aquel soberano gobernador del mundo (como un prudente padre de familia) repartió los cargos y los bienes de tal manera, que á unos ordenó para que rigiesen, y otros para que fuesen regidos: unos para que destribuyesen lo necesario, y otros para

(a) Math. 6. (b) Job 1. (c) Ad Paulinum in prologo Bibl. (d) Luc. 16.

que lo recibiesen. Y pues tú eres uno de los que están puestos para despenseros de la hacienda que á tí sobra; ¿parécete que te será lícito guardar para tí solo lo que recibiste para muchos? Porque, como dice Sant Basilio, de los pobres es el pan que tú encierras, y de los desnudos el vestido que tú escondes, y de los miserables el dinero que tú entierras. Pues sabe cierto que á tantos hurtaste sus bienes, á cuantos pudieras aprovechar con lo que á tí sobraba, y no aprovechaste. Por tanto mira que los bienes que de Dios recibiste, son remedios de la miseria humana, y no instrumentos de mala vida. Mira pues que sucediéndote todas las cosas prósperamente no te olvides de quien te las da; ni de los remedios de la miseria ajena hagas materia de vanagloria. No quieras ¡oh hermano! amar el destierro mas que la patria; ni de los aparejos y provisiones para caminar hagas estorbos del camino; ni amando mucho la claridad de la luna, desprecies la luz del mediodía; ni conviertas los socorros de la vida presente en materia de muerte perpetua. Vive contento con la suerte que tienes, acordándote que dice el Apóstol (e): Teniendo suficiente mantenimiento, y ropa con que nos cubramos, con esto estamos contentos. Porque (como dice Sant Crisóstomo) el siervo de Dios no se ha de vestir ni para parecer bien, ni para regalo de su carne, sino para cumplir con su necesidad. Busca primero el reino de Dios y su justicia, y todas las otras cosas te serán concedidas (f); porque Dios que te quiere dar las cosas grandes, no te negará las pequeñas. Acuérdate que no es la pobreza virtud, sino el amor de la pobreza.

Los pobres que voluntariamente son pobres, son semejantes á Cristo, que siendo rico, por nosotros se hizo pobre (g). Mas los que viven en pobreza necesaria, y la sufren con paciencia, y desprecian las riquezas que no tienen, esa pobreza necesaria hacen virtud. Y así como los pobres con su pobreza se conforman con Cristo, así los ricos con sus limosnas se reforman para Cristo; porque no solamente los pobres pastores hallaron á Cristo, mas tambien los sabios y poderosos, cuando le ofrecieron sus tesoros (h). Pues tú que tienes bastante hacienda, da limosna á los pobres; porque dándola á ellos, la recibe Cristo. Y ten por cierto que en el cielo (donde ha de ser tu perpetua morada) te está guardado lo que agora les dieres; mas si en esta tierra escondieres tus tesoros, no esperes hallar nada donde nada pusiste. Pues ¿cómo se llamarán bienes del hombre los que no puede llevar consigo, ántes los pierde contra su voluntad? Mas por el contrario los bienes espirituales son verdaderamente bienes, pues no desamparan á su dueño aun en su muerte; ni nadie se los puede quitar, si él no quisiere.

### §. I.

Que no debe nadie retener lo ajeno.

Acerca deste pecado conviene avisar del peligro que hay en retener lo ajeno. Para lo cual es de saber que no solo es pecado tomar lo ajeno, sino tambien retenerlo contra voluntad de cuyo es. Y no basta que tenga el hombre propósito de restituir adelante, si luego puede; porque no solo tiene obligacion á restituir, sino tambien á luego restituir: verdad es que si no pudiese luego, ó del todo no pudiese, por haber venido á gran pobreza,

(e) 1. Tim. 6. (f) Matth. 6. (g) 2. Cor. 8. (h) Luc. 2. Matth. 2.

### CAPITULO VI.

Remedios contra la lujuria.

Lujuria es apetito desordenado de sucios y deshonestos deleites. Este es uno de los vicios mas generales, y mas cosarios, y mas furiosos en acometer que hay. Porque (como dice Sant Bernardo) entre todas las batallas de los cristianos, las mas duras son las de la castidad: donde es muy cotidiana la pelea, y muy rara la victoria.

Pues cuando este feo y abominable vicio tentare tu corazón, puedes salirle al camino con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que este vicio no solo ensucia el ánima (que el Hijo de Dios alimpió con su sangre), sino tambien el cuerpo, en quien como en un sagrado relicario es depositado el sacratísimo cuerpo de Cristo. Pues si tan grande culpa es profanar y ensuciar el templo material de Dios, ¿qué sera profanar este templo en que mora Dios? Por esto dice el Apóstol (a): Huid, hermanos, del pecado de la fornicacion; porque todo otro pecado que hiciere el hombre, fuera de su cuerpo es; mas el que cae en fornicacion, peca contra su mismo cuerpo, profanándolo, y ensuciándolo con el pecado carnal. Considera tambien que este pecado no se puede poner por obra sin escándalo y perjuicio de otros muchos que comunmente intervienen en él: que es la cosa que á la hora de la muerte mas agudamente suele herir la conciencia. Porque si la ley de Dios manda que se dé vida por vida, ojo por ojo, y diente por diente (b); ¿qué podrá dar á Dios el que tantas ánimas destruyó? y ¿con qué pagará lo que él con su misma sangre redimió?

Considera tambien que este halagüeño vicio tiene muy dulces principios, y muy amargos fines; muy fáciles las entradas, y muy dificultosas las salidas. Por donde dijo el Sabio (c) que la mala mujer era como una cava muy honda, y un pozo boquianguosto, donde siendo tan fácil la entrada, es dificultosísima la salida. Porque verdaderamente no hay cosa en que mas fácilmente se enreden los hombres, que en este dulce vicio, segun que á los principios se demuestra; mas despues de enlazados en él, y trabadas las amistades, y roto el velo de la vergüenza, ¿quién los sacará de ahí? Por lo cual con mucha razón se compara con las nasas de los pescadores, que teniendo las entradas muy anchas, tienen las salidas muy angostas; por donde el pesce que una vez entra, por maravilla sale de ahí. Y por aquí entenderás cuánta muchedumbre de pecados pare este tan prolijo pecado; pues en todo este tiempo tan largo está claro que así por pensamiento, como por obra, como por deseo, ha de ser Dios cuasi infinitas veces ofendido.

Considera tambien sobre todo esto (como dice un doctor) cuánta muchedumbre de otros males trae consigo esta halagüeña pestilencia. Primeramente roba la fama (que entre las cosas humanas es la mas hermosa posesion que puedes tener); ca ningun rumor de vicio huele mas mal, ni trae consigo mayor infamia que este. Y allende desto debilita las fuerzas, amortigua la hermosura, quita la buena disposicion, hace daño á la salud, pare enfermedades sin cuento, y estas muy feas y sucias, desflora ántes de tiempo la frescura de la juventud, y hace venir mas temprano una torpe vejez; quita la fuerza del ingenio, embota la agudeza del entendimiento, y cuasi

(a) 1. Cor. 6. (b) Exod. 21. (c) Prov. 23.

en tal caso no sería obligado á uno, ni á otro, porque Dios no obliga á lo imposible.

Para persuadir esto, no me parece hay necesidad de mas palabras que de aquellas que Sant Gregorio escribe á un caballero, diciendo (a): Acuérdate, señor, que las riquezas mal habidas se han de quedar acá, y el pecado que hicieres en haberlas así, ha de ir contigo allá. Pues ¿qué mayor locura que quedarse acá el provecho, y llevar contigo el daño, y dejar á otro el gusto, y tomar para tí el tormento, y obligarte á penar en la otra vida por lo que otros hayan de lograr en esta?

Y demas desto ¿qué mayor desatino que tener en mas tus cosas que á tí mismo? y padecer detrimento en el ánima, por no padescerlo en la hacienda? y poner el cuerpo al golpe del espada, por no recibirlo en la capa? Y allende desto, ¿qué tan cerca está de parecer á Judas el que por un poco de dinero vende la justicia, la gracia y su mesma ánima (b)? Y finalmente, si es cierto (como lo es) que á la hora de la muerte has de restituir, si te has de salvar; ¿qué mayor locura que, habiendo en cabo de pagar lo que debes, querer estar de aquí allá en pecado, y acostarte en pecado, y levantarte en pecado, y confesar y comulgar en pecado, y perder todo lo que pierde el que está en pecado, que vale mas que todo el interese del mundo? No parece que tiene juicio de hombre el que pasa por tan grandes males.

Trabaja pues, hermano, por pagar muy bien lo que debes, y por no hacer agravio á nadie. Procura tambien que no duerma en tu casa el trabajo y sudor de tu jornalero (c). No le hagas ir ni venir muchas veces y echar tantos caminos por cobrar su hacienda, que trabaje mas en cobrarla que en ganarla, como muchas veces acaesce con la dilacion de los malos pagadores. Si tienes testamento que cumplir, mira no defraudes las ánimas de los defunctos de su debido socorro; porque no paguen la culpa de tu negligencia con la dilacion de su pena, y despues cargue todo sobre tu ánima. Si tienes criados á quien debes, trabaja por tener muy asentadas y claras sus cuentas, y desembarázate (ó á lo ménos declárate muy bien con ellos) en la vida, para no dejar despues marañas en la muerte. Lo que tú pudieres cumplir de tu testamento, no lo dejes á otros ejecutores; porque si tú eres descuidado en tus cosas propias, ¿cómo crees que serán los otros diligentes en las ajenas?

Préciate de no deber nada á nadie, y así tendrás el sueño quieto, la conciencia reposada, la vida pacífica, y la muerte descansada. Y para que puedas salir con esto, el medio es que pongas freno á tus apetitos y deseos, y ni hagas todo lo que deseas, ni gastes mas de lo que tienes; y desta manera midiendo el gasto, no con la voluntad, sino con la posibilidad, nunca tendrás por qué deber. Todas nuestras deudas nacen de nuestros apetitos, y la moderacion destes vale mas que muchos cuentos de renta. Ten por sumas y verdaderas riquezas aquellas que dice el Apóstol (d): Piedad, y contentamiento con la suerte que Dios te dió. Si los hombres no quisiesen ser mas de lo que Dios quiere que sean, siempre vivirían en paz; mas cuando quieren pasar esta raya, siempre han de perder mucho de su descanso; porque nunca tiene buen sucesso lo que se hace contra la divina voluntad.

(a) Lib. epist. ad Justin. cap. 2. (b) Matt. 26. (c) Deuter. cap. 24. et Tob. 4. (d) 1. Tim. 6.

la torna brutal. Aparta el hombre de todos honestos estudios y ejercicios; y así le zabelle todo en el cieno deste deleite, que ya no huelga de pensar, ni hablar, ni tratar cosa que no sea vileza y suciedad. Hace loca la juventud é infame, y la vejez aborrecible y miserable. Mas no se contenta este vicio con todo este estrago que hace en la persona del hombre; sino tambien lo hace en sus cosas. Porque ninguna hacienda hay tan gruesa, ningun tan gran tesoro, á quien la lujuria no gaste y consuma en poco tiempo. Porque el estómago y los miembros vergonzosos son vecinos y compañeros, y los unos á los otros se ayudan y conforman en los vicios. De donde los hombres dados á vicios carnales, comunmente son comedores y bebedores; y así en banquetes y vestidos gastan todo cuanto tienen. Y demas desto las mujeres deshonestas nunca se hartan de joyas, de anillos, de vestidos, de holandas, de perfumes y olores, y cosas tales; y mas aman estos presentes, que á los mismos amadores que se los dan. Para cuya confirmacion basta el ejemplo de aquel hijo pródigo que en esto gastó toda la legítima de su padre (a).

Mira tambien que cuanto mas entregares tus pensamientos y tu cuerpo á deleites, tanto menos hartura hallarás; ca este deleite no causa hartura sino hambre; porque el amor del hombre á la mujer, ó de la mujer al hombre, nunca se pierde, ántes apagado una vez, se torna á encender. Y mira otrosí como este deleite es breve, y la pena que por él se da, perpetua; y por consiguiente que es muy desigual trueque, por una brevísima y torpísima hora de placer, perder en esta vida el gozo de la buena consciencia, y despues la gloria que para siempre dura, y padecer la pena que nunca se acaba. Por lo cual dice Sant Gregorio (b): Un momento dura lo que deleita, y eternalmente lo que atormenta.

Considera tambien por otra parte la dignidad y precio de la pureza virginal que este vicio destruye; porque los vírgines en esta vida comienzan á vivir vida de ángeles, y singularmente por su limpieza son semejantes á los espíritus celestiales; porque vivir en carne sin obras de carne, mas es virtud angélica que humana. Sola la virginidad es la que, como dice Sant Hierónimo (c), en este lugar y tiempo de mortalidad representa el estado de la gloria inmortal. Sola ella guarda la costumbre de aquella ciudad soberana, donde no hay bodas, ni desposorios, y así da á los hombres terrenos experiencia de aquella celestial conversacion. Por la cual en el cielo se da cierto y singular premio á los vírgines, de los cuales escribe Sant Joan en el Apocalipsi, diciendo: Estos son los que no amancillaron su carne con mujeres, mas permanescieron vírgines; y estos siguen al cordero por donde quiera que va. Y porque en este mundo se aventajaron sobre los otros hombres en parecerse con Cristo en la pureza virginal, por esto en el otro se llegarán á él mas familiarmente, y singularmente se deleitarán de la limpieza de sus cuerpos.

Y no solo hace esta virtud á los que la tienen semejantes á Cristo, mas hácelos tambien templos vivos del Espíritu Sancto; porque aquel divino espíritu, amador de la limpieza, así como uno de los vicios que mas huye es la deshonestidad, así en ninguna parte mas alegremente reposa que en las ánimas puras y limpias. Por lo cual el

(a) Lucæ 15. (b) Lib. 9. Mor. cap. 44. (c) Ad Demetr. Ad Mauritiolum, Eus. de morte Hier. circa medium.

Hijo de Dios concebido por el Espíritu Sancto, tanto amó y honró la virginidad, que por ella hizo un tan gran milagro como fué nacer de madre vírgen. Mas tú, ya que perdiste la virginidad, á lo ménos despues del naufragio teme los peligros que ya experimentaste. Y ya que no quisiste guardar entero el bien de naturaleza, siquiera despues de quebrado le repara, y tornándote á Dios despues del pecado, tanto mas diligentemente te ocupa en buenas obras, cuanto por las malas que has hecho te conoces por mas merecedor de castigo. Porque muchas veces acontece, como dice Sant Gregorio (d), que despues de la culpa se hace mas ferviente el ánima, la cual en el estado de la inocencia estaba mas floja y descuidada. Y pues Dios te guardó, habiendo cometido tantos males, no hagas agora por donde pagues lo presente y lo pasado, y sea el postrer yerro peor que el primero.

Pues con estas y otras semejantes consideraciones debe el hombre estar apercebido y armado contra este vicio; y esta sea la primera-manera de remedios que damos contra él.

### §. I.

De otra manera de remedios mas particulares contra la lujuria.

De mas destes comunes remedios que se dan contra este vicio, hay otros mas especiales y eficaces, de que tambien será razon tratar. Entre los cuales el primero es resistir á los principios, como ya en otra parte dijimos (e), porque si al principio no se rechaza el enemigo, luego crece y se fortalece; porque, como dice Sant Gregorio (f), despues que la golosina del deleite se apodera del corazon, no le deja pensar otra cosa que aquello que le deleita. Por esto se debe resistir al principio, echando fuera los pensamientos carnales; porque así como la leña sustenta el fuego, así los pensamientos mantienen á los deseos: los cuales si fueren buenos, enciéndese el fuego de la caridad; y si malos, el de la lujuria.

Demas desto conviene guardar con diligencia todos los sentidos, mayormente los ojos de ver cosas que te puedan causar peligro. Porque muchas veces mira el hombre sencillamente, y por sola la vista queda el ánima herida. Y porque el mirar inconsideradamente las mujeres, ó inclina ó ablanda la constancia del que las mira, nos aconsejó el Ecclesiástico, diciendo (g): No quieras traer los ojos por los rincones de la ciudad, ni por sus calles ó plazas: aparta los ojos de la mujer ataviada, y no veas su hermosura. Para lo cual nos debria bastar el ejemplo del Sancto Job (h), que (con ser varon de tanta santidad) guardaba muy bien sus ojos (como él mesmo lo confiesa), no fiándose de sí, ni de tan largo uso de virtud como tenia. Y si este no basta, á lo ménos debria bastar el de David (i), que siendo varon sanctísimo, y tan hecho á la voluntad de Dios, bastó la vista de una mujer para traerle á tres tan grandes males como fueron, homicidio, escándalo, y adulterio.

Y no ménos tambien debes guardar los oídos de oír cosas deshonestas; y cuando las oyes, recibelas con rostro triste; porque fácilmente se hace lo que de buena gana se oye. Guarda tambien tu lengua de cualquier palabra torpe; porque las buenas costumbres se corrompen con las pláticas malas. La lengua descubre las aficio-

(d) Lib. 8. Mor. c. 46. et super Ezech. Hom. 40. (e) Primera parte del memor. trat. 4. c. 1. §. 3. 9. 4. col. 8n. (f) Lib. 21. Mor. c. 7. (g) Eccli. 9. (h) Job. 31. (i) 2. Reg. 41.

nes del hombre; porque cual muestra la plática, tal se descubre el corazon: ca de lo que el corazon está lleno, habla la lengua.

Trabaja por traer ocupado tu corazon en sanctos pensamientos, y tu cuerpo en buenos ejercicios; porque (como dice Sant Bernardo) los demonios envian al ánima ociosa malos pensamientos en que se ocupe, porque aunque cese de mal obrar, no cese de pensar mal.

En toda tentacion, mayormente en esta, pon ante los ojos de tu corazon el ángel de tu guarda, y el demonio tu acusador: los cuales en la verdad siempre están mirando todo lo que haces, y lo representan al mesmo juez que todo lo ve; porque siendo esto así, ¿cómo te atreverás á hacer obra tan fea, que delante de otro hombrecillo como tú no osarias hacer, teniendo delante tu guardador, tu acusador y tu juez? Pon tambien ante los ojos el espanto del juicio divino, la llama de los tormentos eternos; porque cualquier pena se vence con temor de otra mas grave, como un clavo se saca con otro; y así muchas veces el fuego de la lujuria se mata con la memoria del fuego del infierno. Demas desto excúsate cuanto fuere posible de hablar solo con mujeres de sospechosa edad, porque (como dice Crisóstomo) entónces acomete mas atrevidamente nuestro adversario á los hombres y mujeres, cuando los ve solos; porque donde no se teme reprehensor, mas osado llega el tentador. Por tanto nunca te pongas á tratar con mujer sin testigos; porque esto solo incita y convida á todos los males. Ni confies en la virtud pasada, aunque sea muy antigua, pues sabes que aquellos viejos se encendieron en el amor de Susanna, porque la vieron muchas veces en su jardin sola (a). Huye pues toda sospechosa compañía de mujeres; porque verlas daña los corazones, oírlas los atrae, hablarlas los inflama, tocarlas los estimula; y finalmente todo lo dellas es lazo para los que tratan con ellas. Por esto dice Sant Gregorio (b): Los que dedicaron sus cuerpos á continencia, no se atrevan á morar con mujeres; porque en cuanto el calor vive en el cuerpo, nadie presume que del todo tiene apagado el fuego del corazon.

Huye tambien los presentillos, visitaciones, y cartas de mujeres; porque todo esto es liga para prender los corazones, y soplos para encender el fuego del mal deseo cuando la llama se va acabando. Y si amas alguna mujer honesta y sancta, ámala en tu ánima sin curar de visitarla á menudo, ni tratar con ella familiarmente. Y porque la llave de todo este negocio principalmente consiste en huir destas ocasiones, añadiré aquí dos ejemplos que Sant Gregorio escribe en sus Diálogos (c), los cuales servirán grandemente para este propósito. Cuenta él allí que en la provincia de Misia habia un sacerdote, el cual regía con gran temor de Dios una iglesia que le era encomendada. Y estando allí una mujer virtuosa que tenia cargo de la ropa y de las cosas de la iglesia, él la amaba como á hermana, mas guardábase della como de enemiga; y así por ninguna via permitía que se llegase á él; con lo cual habia quitado toda ocasion de familiaridad y comunicacion. Ca proprio es de los sanctos varones, por estar mas léjos de las cosas ilícitas, apartarse aun de las que son lícitas; y por esta causa no consentía que ella le sirviese en ninguna necesidad. Pues este venerable sacerdote siendo de mucha edad, y pasados ya cuarenta años de su sacerdocio, vino á tener una tan recia enfermedad,

(a) Dan. 15. (b) 5. lib. Dialog. c. 7. (c) 4. Dialogor. c. 11.

que llegó á lo postrero; y estando en este estado, llegó aquella buena mujer á poner los oídos cerca de sus narices para ver si respiraba, ó si era ya defuncto. Lo cual como él sintiese, indignándose mucho dello, con toda la fuerza que pudo dió voces á la mujer, diciendo: Apártate, apártate de aquí, mujer, porque todavia el foguero está vivo: quita la paja. Y apartándose ella, y esforzándose él mas, comenzó á decir con una grande alegría: En hora buena vengan mis señores, en hora buena vengan. ¿Cómo tuvistes por bien venir á este tan pequenuelo siervo vuestro? Ya voy, ya voy. Muchas gracias, muchas gracias. Y repitiendo él estas palabras muchas veces, preguntáronle los que allí estaban, con quién hablaba. A los cuales él maravillado respondió: ¿Por ventura no veis aquí los bienaventurados apóstoles Sant Pedro y Sant Pablo? Y volviéndose á ellos, tornó á decir: Ya voy, ya voy. Y en acabando estas palabras dió el ánima á Dios. Este ejemplo de varon tan recatado escribe Sant Gregorio en el cuarto libro de los Diálogos con este fin tan glorioso; porque tal convenia que fuese la muerte de quien con tanto temor habia vivido.

Mas otro ejemplo escribe en el tercero de los mesmos Diálogos (d) de un religioso obispo, aunque no tan recatado: el cual tambien referiré aquí para castigo y escarmiento de los que no lo son. Del cual ejemplo dice que fueron tantos los testigos, cuasi cuantos eran los moradores de la ciudad donde el caso aconteció.

Dice él pues que en una ciudad de Italia habia un obispo llamado Andreas, el cual habiendo siempre vivido una vida muy religiosa y llena de virtudes, tenia en su casa y compañía una mujer tambien religiosa, por estar muy cierto y satisfecho de su virtud y castidad. De la cual ocasion aprovechándose el enemigo, halló entrada para tentar su corazon. Y así comenzó á imprimir la figura della en los ojos de su ánimo, é incitarle á tener feos pensamientos. Acaesció pues que en este tiempo un judío caminando de Campania para Roma, y tomándole la noche cerca de la ciudad deste obispo, y no teniendo lugar donde se acoger, vino á parar á un templo antiguo que estaba allí de un ídolo, donde se acostó á dormir. Y temiendo la mala vecindad de la casa del ídolo, aunque él no creia en la Cruz, todavia por la costumbre que tenia de ver persignar á los cristianos en el tiempo de los peligros, hizo él tambien sobre sí la señal de la Cruz. Mas como él no pudiese dormir de miedo de aquel lugar, vió á la media noche una gran cuadrilla de demonios entrar en él, y entre ellos uno mas principal, el cual asentado en una silla en medio del templo, comenzó á preguntar á aquellos malvados espíritus, cuánto mal habia hecho cada uno en el mundo. Y como cada uno respondiese lo que habia hecho, salió uno dellos en medio, y dijo que habia solicitado el ánimo del obispo Andreas con la figura de una mujer religiosa que tenia en su casa. Y cómo aquel malvado presidente oyese esto con grande atencion, y lo tuviese por tanto mayor ganancia, cuanto mas religiosa era la persona; el espíritu malo, que habia dado cuenta desto, añadió que el día pasado á hora de vísperas habia tentado tan fuertemente su corazon, que llegándose á la religiosa con semblante alegre, le habia dado una palmadica en las espaldas. Entónces aquel antiguo enemigo del género humano comenzó á exhortar á este tentador á que diese cabo á lo que habia

(d) 5. Dial. c. 7.

comenzado, para que con esto alcanzase una corona singular entre todos sus compañeros. Pues estando el judío viéndolo todas estas cosas, y temblando con gran pavor de lo que veía, aquel malvado espíritu que allí presidía, mandó á los otros que fuesen á mirar quién era aquel que había osado dormir en aquel lugar. Y mirándolo ellos con grande atención, dieron voces diciendo: ¡Ay, ay! vaso vacío; mas bien sellado. Y respondiendo ellos esto, desapareció luego toda aquella compañía de espíritus malignos. Y hecho esto, el judío se levantó luego, y viniendo con gran prisa á la ciudad, y hallando el obispo en la iglesia, tomóle aparte, y preguntóle si era molestado de alguna tentación. Y como el obispo de vergüenza no le confesase nada, él replicó que en tal día había puesto los ojos con mal amor en una sierva de Dios. Y como él todavía negase esto, el judío añadió diciendo: ¿Por qué niegas lo que te pregunto, pues ayer á hora de visperas llegaste á darle una palmada en las espaldas? De lo cual maravillado el obispo, y viéndose comprendido en aquella culpa, confesó lo que ántes había negado. Entónces el judío le declaró la manera en que esto había sabido. Lo cual entendido, el obispo se postró en tierra haciendo oración á Dios, y luego despidió de su casa no solo aquella buena mujer, mas cualquiera otra que estuviese en su servicio. Y en aquel mismo templo de Apolo hizo un oratorio en nombre de Sant Andrés, y quedó libre de toda aquella tentación. Y juntamente con esto trajo á conocimiento de Dios al judío por cuya visión y amonestación había sido curado; é instruyéndole en los misterios de la fe, y lavándole con agua del sacro bautismo, le puso en el gremio de la sancta Iglesia. Y así sucedió que el judío procurando la salud ajena, alcanzase la suya propia. Y nuestro Señor Dios, por el medio que encaminó la buena vida de uno, conservó en la buena vida al otro. Otros muchos ejemplos de semejantes historias, así pasadas como presentes, pudiera referir en este lugar, pero estos basten por agora.

## CAPITULO VII.

Remedios contra la invidia.

Invidia es tristeza del bien ajeno, y pesar de la felicidad de los otros: conviene saber, de los mayores, por ver el envidioso que no se puede igualar con ellos; y de los menores, porque se igualan con él, y de los iguales, porque compiten con él. Desta manera tuvieron invidia Saul á David (a), y los fariseos á Cristo; por lo cual le procuraron la muerte; porque tal es esta bestia fiera, que á tales personas no perdona. Este pecado de su género es mortal, porque milita derechamente contra la caridad, así como el odio. Pero muchas veces no lo será cuando no fuere la invidia consumada, como acaesce en todas las otras materias de pecados. Porque así como hay odio, y también rencor, que no es odio formado, aunque camina para él; así hay una invidia perfecta, y otra imperfecta que camina para ella.

Este es uno de los pecados mas poderosos y mas perjudiciales que hay, y que mas extendido tiene su imperio por el mundo, especialmente por las cortes, y palacios, y casas de señores, y príncipes; aunque ni deja universidades, ni cabildos, ni religiones por do no corra. Pues ¿quién se podrá defender deste monstruo? ¿Quién será tan dichoso que se escape, ó de tener invidia, ó de pa-

(a) 1. Reg. 18.

decerla? Porque cuando el hombre considera la invidia que hubo, no digo ya entre los primeros dos hermanos que fundaron á Roma (b), sino entre los dos primeros hermanos que poblaron el mundo (c), la cual fué tan grande, que bastó para matar el uno al otro; y la que hubo entre sus hermanos y José (d), la cual le hizo venderle por esclavo; y la que hubo entre los mismos discípulos de Cristo ántes que sobre ellos viniese el Espíritu Sancto (e); y sobre todo esto la que tuvieron Aaron y María, hermanos y escogidos de Dios, á su hermano Moysen (f): cuando el hombre todo esto lee, ¿qué podrá imaginar de los otros hombres del mundo, donde ni hay esta sanctidad, ni este vínculo de parentesco? Verdaderamente este es un vicio de los que de callada tienen grandísimo señorío sobre la tierra, y el que la tiene destruida. Porque su propio efecto es perseguir á los buenos, y á los que por sus virtudes y habilidades son preciados; porque aquí señaladamente tira ella sus saetas. Por lo cual dijo Salomon (g) que todos los trabajos é industrias de los hombres estaban sujetas á la invidia de sus prójimos. Pues por esto con todo estudio y diligencia te conviene armar contra este enemigo, pidiendo siempre á Dios ayuda contra él, y sacudiéndole de tí con todo cuidado. Y si todavía él perseverare solicitando tu corazón, persevera tú siempre peleando contra él; porque no consintiendo con la voluntad, no hace al caso que la carne maliciosa sienta en sí el pellizco deste feo y desabrido movimiento. Y cuando vieres á tu vecino ó amigo mas próspero y aventajado que á tí, da gracias al Señor por ello, y piensa que tú, ó no mereciste otro tanto, ó á lo ménos que no te convino tenerlo; acordándote siempre que no socorres á tu pobreza teniendo invidia de la felicidad ajena, sino ántes la acrecientas.

Y si quisieres saber con qué género de armas podrás pelear con este vicio, dígotte que con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que todos los envidiosos son semejantes á los demonios, que en gran manera tienen pesar de las buenas obras que hacemos, y de los bienes eternos que alcanzamos: no porque ellos los puedan haber, aunque los hombres los perdiesen (porque ya ellos los perdieron irrevocablemente); sino porque los hombres levantados del polvo de la tierra no gocen de lo que ellos perdieron. Por lo cual dice Sant Augustin en el libro de la Disciplina cristiana (h): Aparte Dios este vicio, no solo de los corazones de todos los cristianos, mas también de todos los hombres, pues este es vicio diabólico, de que señaladamente se hace cargo al demonio, y por el cual sin remedio para siempre padecerá. Porque no es reprehendido el demonio porque cayó en adulterio, ó porque hizo algun hurto, ó porque robó el hacienda del prójimo; sino porque estando caído, tuvo invidia del hombre que estaba en pie. Pues desta manera los envidiosos á manera de demonios suelen haber invidia de los hombres, no tanto porque pretenden alcanzar la prosperidad dellos (i), cuanto porque querrian que todos fuesen miserables como ellos. Mira pues ¡oh envidioso! que dado caso que el otro no tuviera los bienes de que tú tienes invidia, tú tampoco los tuvieras; y pues él los tiene sin tu daño, no hay por qué á tí te pese por ello. Y si por ventura tienes invidia

(b) Rómulo, y Remo. (c) Abel, y Cain. Gen. 4. (d) Gen. 37. (e) Luc. 22. (f) Num. 13. (g) Eccles. 4. (h) Et contra Iulian. lib. 6. (i) Sapient. 2.

de la virtud ajena, mira que en eso eres enemigo de tí mismo; porque de todas las buenas obras de tu prójimo tú eres participante, si estuvieres en gracia con Dios; y cuanto mas él aprovecha y meresce, tanto mas aprovechas tú á tí mismo. Por donde sin razon tienes invidia á su virtud; ántes debias holgar con ella por su provecho y por el tuyo, pues participas de sus bienes. Mira pues cuánta miseria sea que donde tu prójimo se mejora, tú te hagas peor; como quier que si amases en el prójimo los bienes que tú no puedes haber, los mismos bienes serían tuyos por razon de la caridad; y así gozarías de los trabajos ajenos sin trabajo tuyo.

Considera también que la invidia abraza el corazón, seca las carnes, fatiga el entendimiento, roba la paz de la conciencia, hace tristes los días de la vida, y destierra del ánima todo contentamiento y alegría. Porque ella es como el gusano que nasce en el madero, que lo primero que roe es el mismo madero donde nasce; y así la invidia (que nasce del corazón) lo primero que atormenta es el mismo corazón. Y despues deste corrompido, corrompe también el color del rostro; porque la amarillez que parece por defuera, declara bien cuán gravemente aflige de dentro. Ca ningún juez hay mas riguroso que la misma invidia contra sí misma: la cual continuamente aflige y castiga á su propio autor. Por lo cual no sin causa llaman algunos doctores á este vicio justo, no porque él lo sea (pues es gravísimo pecado), sino porque él mismo castiga con su propio tormento al que lo tiene, y hace justicia dél.

Mira otrosí cuán contraria cosa sea á la caridad (que es Dios), y al bien comun (que él tanto procura), tener invidia de los bienes ajenos, y aborrescer aquellos á quien Dios crió y redimió; y á quien está siempre haciendo bien; porque esto es estar condenando y deshaciendo lo que Dios hace, á lo ménos con la voluntad.

Y si quisieres una muy cierta medicina contra este veneno, ama la humildad, y aborresce la soberbia, que esta es la madre desta pestilencia. Porque como el soberbio ni puede sufrir superior, ni tener igual, fácilmente tiene invidia de aquellos que en alguna cosa le hacen ventaja; por parecerle que queda él mas bajo, si ve á otros en mas alto lugar. Lo cual entendió muy bien el Apóstol, cuando dijo (a): No seamos cobdiciosos de la gloria mundana, compitiendo unos con otros, y habiendo invidia unos á otros. En las cuales palabras, pretendiendo cortar las ramas de la invidia, cortó primero la mala raíz de la ambición, de donde ella procedió. Y por la misma razon debes apartar tu corazón del amor desordenado de los bienes del mundo, y solamente ama la heredad celestial, y los bienes espirituales; los cuales no se hacen menores por ser muchos los poseedores, ántes tanto mas se dilatan cuanto mas cresce el número de los que los poseen. Mas por el contrario, los bienes temporales tanto mas se disminuyen, cuanto entre mas poseedores se reparten. Y por esto la invidia atormenta el ánima de quien los desea; porque recibiendo otro lo que él cobdicia, ó del todo se lo quita, ó á lo ménos se lo disminuye. Porque con dificultad puede este tal dejar de tener pena, si otro tiene lo que él desea.

Y no te debes contentar con no tener pesar de los bienes del prójimo; sino trabaja por hacerle todo el bien que pudieres, y pide á nuestro Señor le haga lo que tú no pudieres. A ningún hombre del mundo aborrezcas:

(a) Galat. 5.

tus amigos ama en Dios, y tus enemigos por amor de Dios, el cual siendo tú primero su enemigo, te amó tanto, que por rescatarte del poder de tus enemigos puso su vida por tí. Y aunque el prójimo sea malo, no por eso debe ser aborrescido: ántes en este caso debes imitar al médico, el cual aborresce la enfermedad, y ama la persona: que es amar lo que Dios hizo, y aborrescer lo que el hombre hizo. Nunca digas en tu corazón: ¿Qué tengo yo que ver con este, ó en qué le soy obligado? no le conozco, ni es mi pariente, nunca me aprovechó, y alguna vez me dañó. Mas acuérdate solamente que sin ningún merecimiento tuyo te hizo Dios grandes mercedes; por lo cual te pide que en pago desto uses de liberalidad, no con él, pues no tiene necesidad de tus bienes (b), sino con el prójimo que él te encomendó.

## CAPITULO VIII.

Remedios contra la gula.

Gula es apetito desordenado de comer y beber. Deste vicio nos aparta Cristo, diciendo (c): Mirad no se hagan pesados vuestros corazones con demasiado comer y beber, y con los cuidados deste mundo.

Pues cuando este feo vicio tentare tu corazón, podrás resistirle con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que por un pecado de gula vino la muerte á todo el género humano (d). Y de aquí viene á ser esta la primera batalla que te conviene vencer; porque cuanto ménos la vencieres, tanto serán mas terribles las otras, y tú mas flaco para ellas. Por esto comienza por la gula, si quieres alcanzar victoria; ca si esta no vences primero, de balde trabajarás en las otras. Porque entónces podrás sojuzgar los enemigos que vienen de fuera, cuando tuvieres muertos los que nacen de dentro. Y con poco fruto hace guerra á los extraños quien dentro de su casa tiene los enemigos. Por esto el diablo tentó á nuestro Salvador primero de gula; queriendo luego apoderarse de la puerta de todos los otros vicios.

Pon también los ojos en aquella singular abstinencia de Cristo nuestro Salvador (e); el cual no solo despues del ayuno del desierto, mas también otras muchas veces trató muy ásperamente su carne santísima, y padesció hambre, no solo para nuestro remedio, sino también para nuestro ejemplo. Pues si aquel que con su vista mantiene los ángeles, y da de comer á las aves del aire, padesció hambre por tí; ¿cuánta razon será que tú también por tí la padezcas? ¿Con qué título te precias de siervo de Cristo, si sufriendo él hambre, tú gastas la vida en comer y beber; y padeciendo él trabajos por tu salvación, tú no los quieres padecer por la tuya? Y si te es pesada la cruz de la abstinencia, pon los ojos en la hiel y vinagre que el Señor probó en la Cruz (f); porque (como dice Sant Bernardo) no hay manjar tan desabrido, que no se haga sabroso, si fuere templado con la hiel y vinagre de Cristo.

Considera también la abstinencia de todos aquellos santos padres del yermo, los cuales apartándose á los desiertos, crucificaron con Cristo su carne con todos sus apetitos, y pudieron con el favor deste Señor sustentarse muchos años con raíces de yerbas, y hacer tan grandes abstinencias que parecen á los hombres increíbles. Pues si estos así imitaron á Cristo, y por este camino fueron al cielo; ¿cómo quieres tú ir adonde ellos fueron, caminando por deleites y regalos?

(b) Psalm. 115. (c) Luc. 21. (d) Genes. 3. (e) Matth. 4. (f) Ioan. 19. Matth. 27.

Mira tú también cuántos pobres hay en el mundo que tendrían por gran felicidad hartarse de pan y agua; y por aquí entenderás cuán liberal fué contigo el Señor, que por ventura te proveyó mas largamente que á ellos: por lo cual no es razón que la liberalidad de su gracia conviertas en instrumento de tu gula. Considera también cuántas veces con tu boca has recibido aquella hostia consagrada, y no consientas que por la misma puerta por donde entra la vida, entre la muerte, y el nutrimento y cebo de los otros pecados. Mira otrosí que el deleite de la gula apenas se extiende por dos dedos de espacio, y por dos puntos de tiempo, y que es muy fuera de razón que á tan pequeña parte del hombre, y á tan breve deleite, no basten la tierra, la mar y el aire. Por esta causa muchas veces se roban los pobres; por esto se hacen los insultos; para que la hambre de los pequeños se convierta en deleite de los poderosos. Miserable cosa es por cierto que el deleite de una tan pequeña parte del hombre, eche todo el hombre en el infierno, y que todos los miembros y sentidos del cuerpo padezcan perpetuamente por la golosina de uno. ¿No miras cuán ciegamente yerras, pues al cuerpo que de aquí á muy poco han de comer los gusanos, crias con manjares delicados, y dejas de curar el ánima, que será luego presentada ante el tribunal de Dios, y si se hallare hambrienta de virtudes (con cuanto el vientre esté lleno de preciosos manjares) será condenada á los tormentos eternos? Y siendo ella castigada, no quedará el cuerpo sin castigo; porque así como para ella fué criado, así juntamente con ella será castigado. Así que despreciando lo que en tí es mas principal, y regalando lo que es de ménos estima, pierdes lo uno y lo otro, y con tu misma espada te degüellas; porque la carne que te fué dada por ayudadora, haces que sea lazo de tu vida; la cual te acompañará en los tormentos, como aquí te siguió en los vicios.

Acuérdate de la hambre y pobreza de Lázaro (a), el cual deseaba comer de las migajuelas que caían de la mesa del rico, y no había quien se las diese; y con todo esto, muriendo, fué llevado al seno de Abraham por mano de los ángeles; mas por el contrario el rico gloton, vestido de púrpura y Holanda, fué sepultado en los infiernos. Porque no pueden tener una misma despedida la hambre y la hartura, el deleite y la continencia; mas en la muerte sucede la miseria á los deleites, y los deleites á la miseria. Abundantemente comiste y bebiste los años pasados: ¿qué es agora lo que ganaste con tantos regalos? Por cierto nada, sino remordimiento de consciencia, que por ventura perpetuamente te atormentará. De manera que todo cuanto desordenadamente comiste, perdiste; y lo que no quisiste para tí, ántes lo partiste con los pobres, eso es lo que tienes guardado y depositado en la ciudad celestial.

Mas para que no te enredes con este vicio, debes primeramente considerar que muchas veces cuando la necesidad busca la satisfacción de sí misma, el deleite que debajo deste manto está escondido, pretende cumplir su deseo, y tanto mas fácilmente engaña, cuanto con color de mas honesta necesidad encubre su apetito. Por esto es necesaria grande cautela y prudencia para refrenar el apetito del deleite, y poner la sensualidad debajo del imperio de la razón. Pues si quieres que tu carne sirva y se subjecte al ánima, haz que tu ánima se subjecte á Dios,

(a) Luc. 16.

porque necesario es que el ánima sea regida por Dios, para que pueda regir su carne; y por esta orden somos maravillosamente reformados, conviene saber, que Dios enseñoree la razón, y la razón al ánima, y el ánima al cuerpo; porque así queda todo el hombre reformado. Pero el cuerpo resiste al imperio del ánima, si ella no se somete al imperio de la razón, y si la razón no se conforma con la voluntad de Dios.

Cuando fueres tentado de la gula, imagina que ya gozaste dese breve deleite, y que pasó ya aquella hora; pues el deleite del gusto es como el sueño de la noche pasada: sino que este deleite acabado, deja triste la consciencia, mas vencido, déjala contenta y alegre. Conforme á esto con mucha razón es celebrada aquella noble sentencia de un sabio, que dice (b): Si hicieres alguna obra virtuosa con trabajo, el trabajo pasa, y la virtud persevera; mas si hicieres alguna cosa torpe con deleite, el deleite pasa, y la torpeza permanece.

## CAPITULO IX.

Remedios contra la ira, y contra los odios y enemistades que nascen della.

Ira es apetito desordenado de venganza contra quien pensamos que nos ofendió. Contra esta pestilencia nos provee de medicina el Apóstol, diciendo (c): Toda amargura de corazón, toda ira, é indignación, y clamor, y blasfemia sea quitada de vosotros, con toda malicia. Y sed entre vosotros benignos y misericordiosos, perdonándoos unos á otros, como Dios nos perdonó por Cristo. Deste vicio dice el Señor por Sant Mateo (d): El que se airare contra su hermano, quedará obligado á dar cuenta en el juicio; y quien le dijere necio, ó alguna palabra injuriosa, será condenado á las penas del infierno.

Pues cuando este furioso vicio tentare tu corazón, acuérdate de salirle al encuentro con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que aun los animales brutos por la mayor parte viven en paz con los de su misma especie. Los elefantes andan juntos con los elefantes; las vacas y las ovejas viven juntas en sus rebaños; los pájaros vuelan en bandos; las grullas se revezan para velar de noche, y andan en compañía; lo mesmo hacen las cigüeñas, los ciervos, los delfines, y otros muchos animales. Pues la unidad y concierto de las hormigas y de las abejas á todos es manifiesta. Y entre las mesmas fieras, por crudelísimas que sean, hay comun paz. La fiereza de los leones cesa con los de su género; el puerco montés no acomete á otro puerco; un lince no pelea con otro lince; un dragon no se ensaña contra otro dragon; finalmente los mesmos espíritus malignos, que son los primeros autores de toda nuestra discordia, entre sí tienen su liga, y de comun consentimiento conservan su tiranía (e). Solamente los hombres (á quien mas convenia la humanidad y la paz, y á quien fuera mas necesaria) tienen entre sí entrañables odios y discordias: que es mucho para sentir. Y no es ménos para notar que la mesma naturaleza dió á todos los animales armas para pelear: al caballo piés, al toro cuernos, al jabalin dientes, á las abejas aguijón, á las aves picos y uñas: tanto que hasta á las pulgas y mosquitos dió habilidad para morder y sacar sangre; pero á tí, hombre (porque te crió para paz y concordia), crió desarmado y desnudo; porque no tuvieses con que hacer mal. Mira pues cuán contra tu naturaleza es vengarte de otro, y hacer mal á quien mal te hace, mayormente con armas buscadas fuera de tí, las cuales naturaleza te negó.

(b) Anl. Gelii lib. 1. noctium Aulh. c. 8. et 15. (c) Ephes. 4. (d) Matth. 5. (e) Lucæ 11.

turalaleza es vengarte de otro, y hacer mal á quien mal te hace, mayormente con armas buscadas fuera de tí, las cuales naturaleza te negó.

Considera también que la ira y apetito de venganza es vicio propio de bestias fieras (de cuyas iras dice el Sabio (a) que le habia dado Dios conocimiento), y por consiguiente que bastardeas y tuercas mucho de la generosidad y nobleza de tu condicion, imitando la de los leones, y serpientes, y de los otros fieros animales. De un leon escribe Eliano que habiendo recibido una lanzada en cierta montería, á cabo de un año, pasando el que le hirió por aquel mesmo lugar en compañía del rey Juba, y de otra mucha gente que le seguía, el leon le reconoció, y rompiendo por toda la gente sin poder ser resistido, no paró hasta llegar al que le habia herido, y hacerlo pedazos. Lo mesmo vemos también cada dia que hacen los toros con los que los traen muy acosados, por tomar venganza dellos. Y destos son imitadores los hombres feroces y airados, los cuales pudiendo amansar la ira con la razón y discrecion de hombres, quieren ántes seguir el ímpetu y furor de bestias, preciándose y usando mas de la parte mas vil que tienen comun con ellas, que de la mas divina, que es propia de ángeles. Y si dices que es cosa muy dura amansar el corazón embravescido, ¿cómo no miras cuánto mas duro fué lo que el Hijo de Dios padesció por tí? ¿Quién eras tú cuando él por tí derramó su sangre? ¿Por ventura no eras su enemigo? ¿No consideras también con cuánta mansedumbre te sufre él pecando tú á cada hora, y cuán misericordiosamente te recibe cuando á él te vuelves? Dirás que no merece tu enemigo perdon. ¿Por ventura mereces tú que Dios te perdona, que Dios use contigo de misericordia? ¿Y tú quieres usar con tu prójimo de justicia? Mira que si tu enemigo es indigno de perdon, tú eres indigno para haber de perdonar, y Cristo dignísimo por quien le perdones.

Considera también que todo el tiempo que estás en odio, no puedes ofrecer á Dios sacrificio que le sea agradable. Por lo cual dice el Salvador (b): Si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí se te acordare que tu prójimo está ofendido de tí, ve primero y reconcíliate con él, y entonces vuelve á ofrecer tu don. Donde puedes claramente conocer cuán grande sea la culpa de la discordia entre los hermanos, pues en cuanto ella dura, estás en discordia con Dios, y no le agrada cosa que hagas. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio (c): Ninguna cosa valen los bienes que hacemos, si no sufrimos mansamente los males que padescemos.

Considera otrosí quién sea ese que tienes por enemigo; porque forzadamente ha de ser justo, ó injusto: si es justo, por cierto cosa es mucho para sentir, que quieras mal á un justo, y que seas enemigo de quien Dios se tiene por amigo. Mas si es injusto, no ménos es cosa miserable que quieras vengar la maldad ajena con tu maldad propia, y que queriendo tú ser juez en tu causa, castigues la injusticia ajena con la tuya. Mayormente que si tú quieres vengar tus injurias, y el otro las tuyas, ¿qué fin habrán las discordias? Muy mas gloriosa manera de vencer es aquella que el Apóstol nos enseña, diciendo (d): Que vencamos los males con los bienes: esto es, los vicios ajenos con las virtudes propias. Porque muchas veces tratando de tornar mal por mal, y no queriendo ser en nada

(a) Sap. 7. (b) Matth. 5. (c) Lib. 21. Mor. cap. 16. in princip. (d) Rom. 12.

vencido, eres mas feamente vencido; pues eres acocinado de la ira, y vencido de la pasión: la cual si vencieses, serías mas fuerte que el que por armas tomase una ciudad (e); porque menor victoria es sojuzgar las ciudades que están fuera de tí, que las pasiones que están dentro de tí, y ponerte á tí mesmo leyes, y refrenar, y domar la bravísima fiera de la ira, que dentro de tí está encerrada. La cual si no quisieres reprimir, levantarse ha contra tí, é incitarte ha á hacer cosas de que despues te arrepientas. Y lo que peor es, que apenas podrás entender el mal que haces; porque al airado cualquier venganza parece justa, y las mas veces se engaña, creyendo que el estímulo de la ira es color de justicia; y desta manera se encubre el vicio con color de virtud.

## §. I.

Pues para mejor vencer este vicio, uno de los mayores remedios es trabajar por arrancar de tu ánima la mala raíz del amor desordenado de tí mesmo y de todas tus cosas; porque de otra manera fácilmente te encenderás en ira, siendo tú ó los tuyos tocados con cualquier liviana palabra. Y demas desto cuanto te sintieres naturalmente mas inclinado á ira, tanto debes estar mas aparejado á paciencia, previniendo ántes todas las maneras de agravios que te pueden suceder en cualquier negocio; porque las saetas que de lejos se ven, ménos hieren. Para lo cual debes tener en tu corazón muy determinado, que cuando en tu pecho hirviere la ira, ninguna cosa digas, ó hagas, ni creas á tí mesmo; mas ten por sospechoso todo lo que en este tiempo te dijere tu corazón, puesto que parezca muy conforme á razón: dilata la ejecución hasta que se abaje la cólera, ó reza devotamente una vez ó mas la oración del Pater noster, ó otra semejante. Plutarco refiere que un hombre muy sabio y experimentado, despidiéndose de un emperador, grande amigo suyo, no le dió otro consejo sino que cuando estuviere airado, no mandase hacer cosa alguna hasta que pasase primero entre sí todas las letras del a b c, para darle á entender cuán desatinados son los consejos de la ira al tiempo que hierve en el corazón.

Y es mucho para notar que no habiendo en el mundo peor tiempo para deliberar lo que se debe de hacer, que este, ninguno hay en que el hombre tenga mayor deseo de lo hacer. Por lo cual conviene resistir con grande discrecion y ánimo á esta tentación. Porque sin dubda así como el que está tomado del vino, no puede asentar cosa que sea conforme á razón, y que despues no se deba arrepentir (como se escribe de Alejandro Magno); así el que está tomado del vino de la ira, y ciego con los humos desta pasión, ningún asiento ni consejo puede tomar, que por muy acertado que le parezca, otro dia por la mañana no le condene. Porque cierto es que la ira, el vino, y el apetito carnal son los peores consejeros que hay. Por donde dijo Salomon (f) que el vino y la mujer hacían salir de seso á los sabios. Y por vino entiende él aquí, no solo este material (que suele cegar la razón), sino cualquier pasión vehemente, que también en su manera la ciega; aunque no deja de ser culpa lo que desta manera se hace.

También es muy buen consejo, cuando estuviere airado, ocuparte en otros negocios, divirtiendo el pensamiento de la indignación; porque quitando la leña del

(e) Prov. 16. (f) Eccl. 19.